

Sobre Robbins ha aparecido un interesante libro de Greg Lawrence: *Dance with Demon – The Life of Jerome Robbins (Bailar con el diablo – La vida de Jerome Robbins)* [Berkley Books, New Cork, 2001].

En él, el autor analiza la complicada personalidad de un personaje que, para muchos, era el mismísimo diablo.

En una cita que abre el libro, Mel Tomlinson, antiguo solista del New York City Ballet, escribe: “Si cuando muera voy al infierno, no me preocupará, porque he trabajado con Jerome Robbins”. Y cuenta la leyenda que, estando un día ensayando en un escenario, Robbins fue retrocediendo de espaldas sin darse cuenta de que se iba aproximando peligrosamente al foso de la orquesta. Había tanta tensión en sus ensayos que ninguno de los bailarines, a los que acababa de maltratar, abrió la boca para advertirle de que estaba a punto de darse un batacazo, como así sucedió. Un hecho que explica muchas cosas.

Jerome Wilson Rabinowitz, nació el 11 de octubre de 1918 en una familia judía muy conservadora. Y cometió los dos peores pecados que podían marcar a un hombre de su tiempo: ser homosexual y comunista. A partir de esto, un profundo conflicto interior, cuyo nudo gordiano jamás fue capaz de cortar, le amargó la vida.

A pesar del Comunismo

A finales de 1943 se afilió al Partido Comunista, básicamente porque, como judío, se sentía a menudo discriminado y el PC era muy activo contra el anti-semitismo. Muchos de sus amigos, artistas e intelectuales, eran radicales y militaban también en el Partido. No olvidemos que el PC, tras el *crack* de 1929, se había situado en la vanguardia de un amplio movimiento cultural en los EEUU y, muy especialmente, en Nueva Cork.

Cuando el macartismo despliega su caza de brujas, Robbins es llamado a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas, el 5 de mayo de 1953. Ahí, el coreógrafo se rinde mansamente y se auto-acusa de haber pertenecido al Partido y manifiesta expresamente su arrepentimiento. Pero no sólo esto. A instancias del deleznable McCarthy delata a un grupo de artistas: los hermanos Chidorov, la actriz Madeleine Lee, el cineasta Lionel Berman, la crítica de danza Edna Ocko, los actores Elliot Sullivan y Lloyd Gough. Por delatar, denuncia incluso a Lettie Stever, secretaria de su antigua agente Jean Deacy.

Todo hace sospechar que tanto la confesión como las denuncias se producen bajo el chantaje de sacar a la luz su homosexualidad, cuestión que aterraba, literalmente, a Robbins. Pensemos que algo que en nuestros días nos parece totalmente normal, entonces no lo era tanto. En aquellos años no se salía del armario sin seria merma de prestigio profesional. Y Robbins, por encima de todo, tenía una desaforada ambición por hacer la brillante carrera que, a fin de cuentas, hizo.

Pero todo ello le acarreó la enemistad de mucha gente y amargó profundamente su carácter. Sus bailarines pagaron el pato. Su indudable perfeccionismo se doblaba, a veces, de cierto masoquismo. Las múltiples opiniones y testimonios que Lawrence recoge en su libro, lo ponen en evidencia. Danzar para Robbins era, a menudo, danzar con o para el diablo. Pero en el libro queda claro que ese diablo fue uno de los mejores coreógrafos del siglo XX, lo que una vez más, nos muestra el a veces difícil equilibrio –tan bien formulado por Aranguren– entre ética y estética.

Robbins fue el primer gran coreógrafo estadounidense nacido en los Estados Unidos. Sus éxitos, tanto en Broadway como con el New York City Ballet –primero junto a Balanchine, luego de su propia mano– fueron espectaculares. Recordemos, en el terreno del musical, *Fancy Free*, que en el cine se convierte en *In the Town* (una película que nunca me cansaría de ver), o *West Side Story*, su segunda colaboración con Leonard Bernstein, que manejó su homosexualidad con mucho más garbo que Robbins.

La biografía coreográfica de Robbins es impresionante. El autor la recoge con precisión y buen ritmo literario, lo que siempre es de agradecer. Su abundancia de testimonios directos –algunos de ellos extremadamente negativos para con Robbins– da al estudio un rigor no usual en este tipo de obras que, a menudo, se recrean en la hagiografía complaciente. No es el caso de Lawrence que sabe hablar de grano y paja con

una enorme habilidad para separarlos, usando instrumentos críticos de noble fuste intelectual. Tal es el caso cuando recuerda que, en el New Cork City Ballet, Robbins trabajó mucho con Alicia Alonso, excelsa representante, hoy, del comunismo cubano, después de haber crecido coreográficamente, sin ningún empacho ideológico, sino todo lo contrario, a las ubres de la compañía más representativa de la ciudad más capitalista del planeta. Qué lastima que –todavía– no exista un buen libro sobre las contradicciones político–estéticas de Alicia Alonso, porque hubiera podido ser, junto con los dos libros aquí reseñados, la tercera pata de un tripode enfocando el común denominador que une a los dos genios de la danza, protagonistas de las dos obras aquí analizadas: el comunismo.

Para concluir, quisiera recordar dos cosas:

Una, que, a pesar de los pesares, el comunismo apoyó, financió y mimó la danza. Li Cunxin, muy probablemente, no hubiera sido rescatado de una misérrima aldea para formar parte de un ballet de elite en una sociedad capitalista. Ni el Bolshoi, el Kirov o la propia Alicia Alonso hubieran dispuesto, en Occidente, de los medios estatales que les facilitó la URSS o Fidel Castro.

La segunda es que, en el caso de Robbins, a diferencia de Li, nadie le obligó a ser comunista. Fue su libre albedrío que le llevó a adherirse a un Partido en el que ideológicamente confió y en el que –como tantos otros– puso sus esperanzas para construir una sociedad mejor.

Pero lo que en ambos casos sucede, desde dos situaciones radicalmente distintas, es que el comunismo influyó –para bien y para mal– profundamente en sus vidas.

Afortunadamente, ello no fue óbice para que tanto el último bailarín de Mao, como el diablo coreógrafo, dejaran tras de sí una estela de belleza coreográfica incommensurable, de la que dan fe estos dos libros.

A pesar del comunismo.